

Estaciones de TransCaribe en hora pico

La estación de bus está llena. Son poco más de las 5 p.m., y a esa hora uno sabe que una estación vacía no es una opción. Estamos en el centro de la ciudad de Cartagena. En un horario como ese, se reúnen estudiantes que salen de sus universidades, los que vienen de un día largo en la oficina, y los que no vienen de una oficina, pero sí de trabajar. Todos convergen en el mismo lugar que luego los separa.

Cada uno quiere llegar a su casa; la forma en la que se empujan para entrar al bus da cuenta de ello. El bus que yo espero no pasa todavía. Una mujer embarazada pide permiso para pasar entre la multitud. Más bien, la muchacha que la acompaña es la que pide el permiso. «¡Permiso para una mujer embarazada!, ¡permiso para una mujer embarazada!»

La embarazada se abre paso, pero su bus avanza antes de que ella alcance a montarse. Queda entonces delante del gentío. La muchacha que la acompañaba se queda atrás. Puedo notar su preocupación cuando dice: «¡Ay, eso es un

* Estudiante de comunicación social de la Universidad de Cartagena. Es parte del taller Cuento y crónica, Red Relata del Ministerio de Cultura.



Ilustración de Laurel Gallego López

peligro!», refiriéndose a la embarazada ubicada justo en frente de un pelotón de hombres y mujeres que quieren llegar a sus casas.

Cuando llega el próximo bus —en el que yo pretendo irme— la gente empieza a empujar. La embarazada sigue adelante. Ahora es ella la que está preocupada. Yo estoy preocupada. La mujer se ubica rápidamente en el medio de las dos puertas del articulado para darle paso a los que van a entrar. Al pasar cerca de ella, procuro no golpearla con mi cuerpo que está siendo empujado. Lo logro. No me doy cuenta en qué momento la mano de un hombre dentro del bus toma la mía. Su intención es ayudarme a entrar en medio de la gente alborotada. «¡Ya estás adentro», me dice.

*

Debo confesar que he dejado de culpar a los cartageneros por la forma en la que se comportan en el transporte público. Por mucho tiempo tuve la idea de que eran personas con “falta de cultura”, como si sus maneras de ser, sentir y comportarse no fueran parte precisamente de una cultura. Una cultura que responde a los entramados sociales con los que nos relacionamos a diario.

Estuve leyendo algo que decía que “el transporte urbano es uno de los componentes fundamentales asociados a la calidad de vida urbana”, y lo es en la medida en que brinda (o debe brindar) mejores condiciones para la movilidad, así como reducción de tiempos

en los desplazamientos. Bajo esa noción, he pensado mucho en la poca calidad de vida que tenemos los cartageneros. Dejamos de ser consumidores de un sistema para ser consumidos por él.

Cuando la idea del Sistema Integrado de Transporte Masivo (SITM) llamado Transcaribe se presentó por allá en 2003, estaba pensada como una “solución a los problemas de movilidad de la ciudad”, que buscaba contrarrestar los problemas de los sistemas convencionales de transporte que eran los buses, busetas, mototaxis y taxis. Actualmente, es imposible pensar en Transcaribe como una solución. Es, por el contrario, un problema más.

*

En la estación donde me subí al bus también se subió un “artista ambulante”. No sé si sea la manera correcta de llamarlo, pero hago la comparación con los vendedores ambulantes que se suben a los buses. El de ahora no vende más que su canto. El muchacho no va solo, lo acompaña una mujer. Saluda a los pasajeros, y a través de su micrófono dice que viene a cantar una hermosa canción llamada... En este momento aparta el micrófono de su boca y le pregunta en voz baja a su acompañante cómo se llama la canción. Ella le dice el nombre y él lo repite a través del micrófono. Mientras lo escucho, me pregunto si el que canta es un buen cantante. Parece más bien que la vida lo lleva a uno a hacer de lo que sea mientras gane plata.

El bus se detiene en otra estación. Esta vez se llena tanto que las puertas se cierran con dificultad. El muchacho sigue cantando, ahora con dificultad por el espacio. Una vez termina, el cantante pide disculpas. Dice que no puede moverse, pero que estará en la puerta por si alguien quiere acercarse a colaborarle.

*

Los que tomamos el articulado en la primera estación llevamos tal vez unos 10 minutos en el bus. Hemos avanzado aproximadamente 4 kilómetros. Ahora está lloviendo. Una muchacha escucha música en sus audífonos; dos señoras, sentadas una al lado de la otra, ven publicaciones en Facebook. Yo las veo a ellas. Pasamos por una iglesia y una ambulancia va detrás de nosotros. Se escuchan las sirenas, y desde el techo del bus veo el reflejo de las luces rojas parpadeando. La ambulancia sigue detrás, hasta que el carril deja de ser estrecho y entonces puede pasar por el otro carril.

Sigue lloviendo. Escucho el primer trueno. Pienso entonces en apagar el teléfono. Culpa de mi madre. De ella aprendí esas costumbres extrañas en torno a la lluvia. Como no bañarse bajo la primera lluvia luego de un tiempo largo sin llover (Al parecer esta causa fiebre; lo mejor es esperar hasta la segunda o la tercera. Eso si ha llovido fuerte, porque un sereno no cuenta); procurar no tener aparatos electrónicos encendidos si está tronando, o tapar los espejos, o usar siempre chancletas (*hacer lo contrario atrae a los rayos*). No sé si estos cuidados tengan algún fundamento científico, pero tienen el fundamento de ser pronunciados por una madre. Por esa razón, muchas veces los tengo en cuenta. Sin embargo, no apago el teléfono.

La lluvia se intensifica. Una gota de agua cae dentro del bus, justo a mi lado. Me aparto un poco y la gota cae en el teléfono de la chica junto a mí. «¡Alguien que abra los paraguas!», dice un hombre del montón. Ahora no es una sola gota la que cae. Afuera está lloviendo, adentro también.

*

Después de los 5 kilómetros restantes, llegué a la estación en la que debo bajarme y coger un nuevo bus que me lleve a mi casa. Ya no un articulado sino un busetón, un tipo de bus que de grande solo tiene el nombre. Debo caminar un poco al otro lado de la estación, cruzando una calle sin techo. La lluvia sigue. No tengo paraguas. ¿Cuántas veces, en lo que va del año, me dije que debía comprar un paraguas? Muchas. Sin embargo, se quedó como una de esas cosas en las que piensas solo cuando te encuentras con la necesidad de frente.

Ahora espero a que escampe para poder cruzar la calle. Todo por no tener un paraguas. No soy la única. En la estación estamos varios a los que la lluvia obligó a detener sus pasos. Otros —que se bajan de los buses que van llegando— o llevan su paraguas, o no les importa mojarse un poco y corren hasta el otro lado de la calle.

Estoy cansada y quiero llegar a mi casa. Son las 6 en punto. Veo un relámpago y escucho de nuevo un trueno; este es más fuerte que el anterior. Ahora sí decido apagar el teléfono. Mi mamá estaría orgullosa. Solo me queda esperar a que la lluvia pase.

*

Estoy del otro lado de la estación, esperando lo que acá llaman “alimentador”, el busetón que me llevará a mi casa. La fila es demasiado larga, tanto que se confunde con la de otros alimentadores. Veo pasar a muchas personas que se dirigen a hacer la fila para el A107, la misma que yo hago. Caminan hacia delante y luego las veo devolverse buscando el final de la fila. Veo sus caras de sorprendidos al darse cuenta que la fila es más larga de lo que creían.

—¿Dónde se acaba? —me pregunta una muchacha que viene del principio de la fila.

—Tú sigue caminando y pregunta. —Le digo.

Cuando el alimentador llega, como media hora después, empieza a disminuir la fila. El bus se llena casi de inmediato. Algunas personas —incluida yo— deciden esperar otro alimentador. Aunque queda espacio para entrar, no quiero irme de pie. Llevo aproximadamente una hora y media metida en este sistema. Después de un día agotador, me doy el lujo de esperar otro bus para irme sentada. Tengo la esperanza, además, de que el bus no se demore en llegar, pues la fila que hace un momento disminuyó ya es otra fila interminable.

Mala suerte. El otro bus se demora en llegar. Pienso en que si hubiera subido al anterior, probablemente ya estaría en mi casa, o al menos llegando. Pasadas las 7, llega el alimentador. Pienso en que es irónico el nombre de un bus que más que alimentar te mata de hambre.

*

Recuerdo que cuando era niña y mis padres nos llevaban de paseo a mis hermanos y a mí (al Centro Histórico, sobre todo), cogíamos buseta. Mi hermano Carlos, por ser el mayor, se daba el lujo de ir en un puesto él solo, mientras que a mi hermano Jose y a mí nos tocaba ir en las piernas de mi mamá o mi papá. A Jose le gustaba ir siempre del lado de una ventana abierta en la que pudiera sentir la brisa. Yo, en cambio, no podía estar en una ventana abierta porque me mareaba con facilidad y era más probable que terminara vomitando. Para ese entonces, las busetas eran el principal medio de transporte en la ciudad (lo fueron por mucho tiempo).

Las busetas fueron el principal medio de transporte de los cartageneros, hasta que en 2016 llegó Transcaribe. Para cuando llegó este Sistema Integrado de Transporte Masivo (SITM), yo tenía 14 años y cursaba el bachillerato en el colegio. Al colegio me iba en la buseta Socorro Jardines. Luego de un tiempo quitaron las busetas, precisamente para que las personas se fueran adaptando al nuevo sistema. Yo empecé a ir en moto para el colegio. Después, reintegraron nuevamente algunas busetas, pero en un número bastante reducido.

En 2019 inicié mi carrera universitaria en una universidad ubicada en el Centro Histórico. Allí empezó mi historia con Transcaribe. Para ese año, el sistema ya enfrentaba varios desafíos. Entre la baja demanda y el desfase de la tarifa técnica vs la tarifa al usuario, y otros factores, el sistema acumuló una pérdida de 8 mil millones de pesos. Yo empecé a usar el sistema cuando el pasaje costaba dos mil quinientos (2.500) pesos. Había aumentado considerablemente su precio desde que empezó a operar. En su primer año costaba dos mil (2.000) pesos; para 2017 estaba en dos mil cien (2.100) pesos y en 2018 subió a dos mil trescientos (2.300) pesos.

En 2020, con la pandemia, Transcaribe vivió una etapa de números en rojo, en el que los buses en operación bajaron considerablemente. El pasaje costaba dos mil seiscientos (2.600) pesos. 2021, en general, se sintió como un 2020 parte dos, así que la situación del sistema no mejoró mucho. El costo

del pasaje se mantuvo. Este 2022 pretende ser el año en el que el sistema se recupere. El pasaje ya llegó a los dos mil setecientos (2.700) pesos.

Al final parece ser que llevo más de una hora y media metida en este sistema. Cuatro años para ser más exactos. Aunque hay quienes están aquí desde que empezó. A ellos les ha tocado hacer fila durante 6 años.

*

Después de terminar el trayecto en bus, camino hacia mi casa. Son las 7:40 p.m. Me esperan unas cuantas calles antes de llegar. Mientras camino, pasa una ambulancia. Es raro pensar que es la primera vez que veo una ambulancia por estos lados (estoy en El Nazareno, el barrio por el que paso antes de llegar a Nelson Mandela). La ambulancia me hace recordar a la otra que vi mientras venía en el articulado. Pienso entonces en la embarazada, en el cantante, en mi mamá.

Espero que la embarazada se haya mantenido a salvo en medio (o en frente) de aquel gentío. También espero que el cantante haya recibido suficientes colaboraciones (*y que se haya aprendido el nombre de la canción; no vaya a ser que en otra ocasión no tenga a quién preguntarle*). Por supuesto, espero que a nadie le haya caído un rayo por no apagar su teléfono. Otra cosa que espero es acordarme de comprar un paraguas.

Cartagena de Indias. Abril de 2022



La Escuela de Bellas Artes en la década de los 70.
Fotografía de Álvaro Delgado Vélez